

# **Públicamente y en las casas**

Hechos 20:20

Charles Henry MACKINTOSH

[biblicom.org](http://biblicom.org)

---

La breve frase que acabamos de escribir está tomada del discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso, recogido en [Hechos 20](#). Es una frase muy sugerente, que pone de relieve de manera muy convincente el estrecho vínculo que existe entre la labor del maestro y la del pastor. «Sin ocultar nada de cuanto os fuera provechoso, (dijo el bienaventurado apóstol) he predicado y he enseñado públicamente y en cada casa».

Pablo no era solo apóstol, sino también una sorprendente combinación de evangelista, pastor y maestro. Los 2 últimos están estrechamente relacionados, como vemos en [Efesios 4:11](#). Es importante comprender y mantener este vínculo. El maestro despliega la verdad, el pastor la aplica. El maestro ilumina la mente, el pastor se interesa por el estado del corazón. El maestro proporciona alimento espiritual, el pastor se asegura de que se utilice. El maestro se ocupa más de la Palabra, el pastor del alma. La labor del maestro es en gran medida pública, la del pastor principalmente privada. Cuando ambos se combinan en una sola persona, la facultad de enseñar da al pastor un inmenso poder moral, y el elemento pastoral da al maestro una ternura amorosa.

El lector no debe confundir a un pastor con un anciano o un supervisor. Ambos son muy distintos. Los términos «anciano» y «supervisor» a menudo se usan indistintamente, pero el pastor nunca se confunde con ninguno de ellos. El anciano es un cargo local, el pastor es un don. No encontramos nada sobre ancianos o supervisores en [1 Corintios 12 y 14](#), o en [Efesios 4](#), aunque estas Escrituras son las más completas sobre el tema de los dones. Debemos distinguir cuidadosamente entre el don y el cargo local. Los ancianos o supervisores están encargados de gobernar y supervisar. Los maestros y pastores deben nutrir y edificar. Un anciano puede ser un maestro o un pastor, pero debe mantener estas 2 cosas distintas. Se basan en fundamentos totalmente diferentes y nunca deben confundirse.

Sin embargo, no es nuestro propósito en este breve artículo escribir un tratado sobre el ministerio, ni detenernos en la diferencia entre el don espiritual y el cargo local, sino simplemente ofrecer a nuestros lectores unas palabras sobre la inmensa importancia del don pastoral en la Iglesia de Dios, para que se sientan movidos a orar fervientemente a la gran Cabeza de la Iglesia, para que se complazca en difundir este precioso don más abundantemente entre nosotros. No nos avergonzamos de Él. El tesoro de la vida espiritual no está agotado; y nuestro Señor Cristo ama a su Iglesia, y se deleita en alimentar y cuidar su Cuerpo, y en satisfacer todas sus necesidades de su propia plenitud infinita.

---

Pocos que saben lo que es el pastoreado y que conocen el verdadero estado de la Iglesia de Dios no pueden negar que hay una necesidad urgente de cuidado pastoral en toda la Iglesia de Dios. ¡Qué raro es el verdadero pastor espiritual! Es fácil tomar el nombre y asumir el oficio; pero, de hecho, el pastoreado no es ni un nombre ni un oficio, sino una realidad viva –un don divinamente impartido– algo comunicado por la Cabeza de la Iglesia para el crecimiento y bendición de sus miembros. Un verdadero pastor es un hombre que no solo posee un don espiritual real, sino que está animado por los mismos afectos del corazón de Cristo hacia cada cordero y oveja del rebaño del Señor, comprado con Su sangre.

Sí, repetimos, “cada cordero y cada oveja”. Un verdadero pastor lo es en todas partes del mundo. Tiene un corazón, un mensaje, un ministerio para cada miembro del Cuerpo de Cristo. No ocurre lo mismo con el anciano o el supervisor. Este último tiene un cargo local, confinado a la localidad a la que se confía ese cargo. En cambio, el campo de acción del pastor es toda la Iglesia de Dios, así como el del evangelista es todo el mundo. En Nueva York, Londres, París o Cantón, un pastor es un pastor, y su obra es bendita en todas partes. Imaginar a un pastor confinado a una congregación determinada, con la que se espera que desempeñe las funciones de evangelista, maestro, anciano o supervisor, es bastante ajeno a la enseñanza del Nuevo Testamento.

Pero, ¡qué pocos pastores verdaderos hay entre nosotros! ¡Qué raros son el don y el corazón del pastor! ¿Dónde encontraremos a quienes combinen adecuadamente los 2 grandes e importantes elementos contenidos en el título de este artículo: «Públicamente y en cada casa»? Un hombre puede, tal vez, darnos una breve charla en el Día del Señor, o una conferencia en un día de semana; pero ¿dónde está el lado «en cada casa» de la cuestión? ¿Dónde está el cuidado atento, serio y diligente que se da a las almas individuales día tras día? Muy a menudo es la enseñanza pública la que pasa completamente por encima de la cabeza; es la enseñanza de casa en casa la que está segura de tocar el corazón. Cuántas veces una palabra dicha en público es totalmente mal entendida y mal aplicada, hasta que la amorosa visita pastoral de la semana proporciona su verdadero significado y correcta aplicación.

Y eso no es todo. ¡Cuánto hay en el campo de acción de un pastor que el enseñador público nunca puede captar! No cabe duda de que la enseñanza pública es muy importante; si solo tuviéramos muchas más de las que tenemos. La labor del maestro es inestimable y, cuando se ve suavizada por el profundo y tierno afecto del corazón del pastor, puede contribuir en gran medida a satisfacer las múltiples necesidades del alma. Pero el pastor que ama y que va a las casas con seriedad,

---

oración y fidelidad, puede interesarse por los profundos ejercicios del alma, las penas del corazón, las desconcertantes preguntas de la mente, las graves dificultades de la conciencia. Puede entrar, con la profunda simpatía de un corazón afectuoso, en las 1.000 pequeñas circunstancias y penas del camino. Puede arrodillarse con el probado, el tentado, el aplastado y el afligido ante el propiciatorio, y juntos pueden derramar sus corazones y obtener dulce consuelo del Dios de toda gracia y Padre de misericordias.

El maestro público no puede hacer esto. Indudablemente, si, como hemos dicho, tiene algo de pastoral, puede anticipar en su discurso público muchos de los ejercicios privados del alma, sus penas y sus dificultades. Pero no puede responder plenamente a cada necesidad individual del alma. Esa es la labor sagrada del pastor. Nos parece que el pastor es para el alma lo que el médico es para el cuerpo. Debe comprender la enfermedad y adaptar la medicina. Debe ser capaz de decir lo que está mal. Debe ser capaz de discernir la condición espiritual para aplicar el remedio correcto. Ah, ¡qué pocos pastores hay! Una cosa es llevar el título y otra muy distinta hacer el trabajo.

Queridos lectores, les exhortamos a que se unan a nosotros en ferviente oración y pidan a Dios que suscite verdaderos pastores entre nosotros. Los necesitamos urgentemente. Las ovejas de Cristo no son alimentadas ni cuidadas. Estamos tan ocupados con nuestros propios asuntos que no tenemos tiempo para cuidar del amado rebaño de Cristo. E incluso en estas ocasiones, cuando el pueblo del Señor se reúne en público, ¡cuánto más se necesita hacer por sus preciosas almas! ¡Cuántas largas pausas estériles y silencios empobrecidos! ¡Cuántos himnos y oraciones sin rumbo escuchamos! ¡Cuán poco se guía al rebaño en los verdes pastos de la Sagrada Escritura y en las aguas tranquilas del amor divino! Y luego, a lo largo de la semana, hay pocas llamadas pastorales afectuosas, pocas preguntas de ternura sobre el alma o el cuerpo. Parece que no hay tiempo. Cada momento es absorbido por la necesidad de mantenernos a nosotros mismos y a nuestras familias. Es, por desgracia, la vieja y triste historia: «Todos buscan sus propios intereses, no los de Cristo Jesús» (Fil. 2:21).

Para el bendito apóstol era muy diferente. Encontró tiempo para hacer tiendas, y también para enseñar «públicamente y en cada casa». No solo era el evangelista serio, que recorría los continentes y plantaba iglesias, sino también el pastor cariñoso, el tierno enfermero, el hábil médico espiritual. Tenía un corazón para Cristo y para su Cuerpo, la Iglesia, y para cada miembro de ese Cuerpo. Ahí reside el verdadero secreto del asunto. Es maravilloso lo que puede hacer un corazón amante. Si

---

verdaderamente amo a la Iglesia, desearé su bendición y su progreso, y procuraré promoverlos en la medida de mis posibilidades.

Que el Señor suscite en su pueblo pastores y maestros según su corazón –hombres llenos de su Espíritu y con un amor sincero por su Iglesia– hombres competentes y dispuestos a enseñar: «Públicamente y en cada casa».